

PRÓLOGO

Escribir sobre Averroes no representa una carga para mí sino un placer; publicarlo en Córdoba, doble placer. Después de muchos años leyendo sus textos, reflexionando sobre ellos y explicándolos en muy diferentes auditorios, tengo la oportunidad ahora de reconstruir su vida pública y de sintetizar su pensamiento para un público más amplio. Ésa ha sido la principal dificultad a la hora de redactar este libro: huir de tecnicismos y de planteamientos puramente académicos, sin rebajar por ello la calidad de fondo. Por eso, he suprimido las notas a pie de página y he reducido al mínimo las referencias bibliográficas.

Abundan en el mercado bajo la etiqueta de «novela histórica» una serie de subproductos editoriales que ni poseen la creatividad literaria propia del género novelístico, ni la documentación requerida en una investigación histórica. Mi camino ha sido el opuesto: no dar gato por liebre. He procurado ir a lo esencial del modo más sencillo posible dejando de lado la erudición innecesaria.

Huyendo de ese barroquismo vacío en el que la imaginación campa a sus anchas sin nada que limite su vuelo, he preferido avanzar paso a paso sobre los fragmentos literarios e históricos que se conservaron y que nos permiten dar nueva vida a las figuras y episodios del pasado. En la ambientación de la época, el siglo XII almohade, el cuadro que trazo es impresionista pero las pinceladas esconden un trabajo sistemático y selectivo de las fuentes disponibles. Respecto a la vida de Averroes, creo que el episodio más polémico — el proceso a que fue sometido y la posterior condena— queda lo suficientemente aclarado como para suprimir de una vez por todas el injusto ataque al poder almohade y a su pretendido fanatismo. Fue, en efecto, una persecución política la que sufrió en su vejez pero promovida y alentada por la oligarquía cordobesa que, celosa de la posición social de la dinastía Averroes, no estaba dispuesta a aguantar la crítica, ni a abandonar el casuismo jurídico que sustituía a la necesaria deliberación racional.

En la mayor parte de los libros sobre Averroes se pasa de puntillas sobre su labor profesional como juez mayor de Sevilla y Córdoba y como autor de una importante obra jurídica, la *Bidaya*. Lo mismo ocurre en su faceta de médico de cámara del califa y autor de la enciclopedia médica conocida con el nombre árabe de *Kulliyyat* y el latino de *Colliget*, obra usada por los estudiosos europeos durante largo tiempo. Aquí le hemos dedicado a ambas actividades, jurídica y médica, la atención que objetivamente merecen. Su contribución a la astronomía, que muestra una inagotable curiosidad científica, también ha sido atendida a partir de una reciente lectura del *Comentario al Almagesto* de Ptolomeo cuyo original árabe se ha perdido.

Por lo que se refiere a la filosofía de Averroes — área de conocimiento en la que trabajo habitualmente—, por una parte he aligerado su peso proporcional en el texto y por otra, me he centrado en aquellas cuestiones generales que me parecían más importantes a la hora de captar el hilo conductor de su pensamiento. En lugar de estudiar los problemas que apasionaron a la Escolástica, es decir, los vinculados a la Psicología y sobre todo al intelecto, he preferido hacerlo sobre aquellos otros que interesaron en el Renacimiento, o sea, los de carácter ético-político. Pienso que a un lector de nuestra época le atraen más aquellos planteamientos averroístas que llevaron al nacimiento del espíritu laico en Europa.

En el último capítulo se analiza la influencia del filósofo cordobés desde la Edad Media hasta hoy. Puede comprobarse a lo largo de la historia una oscilación entre la recepción entusiasta y el rechazo sectario. En España se pasó de presumir por tener como compatriotas a Aristóteles (sic) y a Averroes, a maldecir su nombre y silenciar su legado. Uno de los primeros intelectuales contemporáneos que lamentó la secular ignorancia de nuestros filósofos musulmanes y judíos fue el gran escritor cordobés Juan Valera, quien nos dejó esta amarga reflexión: “Se diría que cuando los expulsamos los quisimos expulsar para siempre y borrar hasta su memoria de entre nosotros”. Desde mediados del siglo XIX, se ha ido recuperando la herencia científica de Averroes en Europa y fuera de ella, sobre todo en los centros académicos norteamericanos y en el mundo árabe. Ediciones de textos, traducciones a diversas lenguas, estudios generales, monografías, artículos sobre aspectos concretos de su pensamiento van creciendo año tras año en nuestra época. Para muchos se ha convertido en un clásico del que seguir aprendiendo; para los árabes, su racionalismo es garantía de una necesaria renovación. Como el mejor modo de conocer a un filósofo es a través de sus propios textos, al final del libro he elaborado una pequeña antología que pretende ofrecer una muestra significativa de los variados temas que abordó y del talento con que supo exponerlos. Los grandes campos de su labor científica están representados con algunos fragmentos relevantes. El naturalismo y el racionalismo que caracterizan su pensamiento saltan a la vista. También se manifiesta en ellos una severa crítica política, su concepción avanzada del Derecho, una innovadora defensa de los derechos de la mujer y hasta el andalucismo de que hace gala con frecuencia. He añadido como cierre un conjunto de máximas y sentencias que entresaqué de sus obras.

Al-Andalus iluminó con su alta cultura la Europa medieval. Su luz resplandeció en aquellos oscuros siglos como un primer Renacimiento. El cordobés Averroes fue la estrella más brillante de una constelación de sabios que supieron recuperar el legado griego y recrearlo con el aporte añadido del Islam oriental y con el esfuerzo propio de generaciones de andalusíes. De la astronomía a la medicina, de la filosofía a la música, de la literatura a la botánica y de la gastronomía a la arquitectura, aquella refinada civilización del Sur presagiaba nuevos tiempos. Otros pueblos aprovecharían ese inmenso tesoro dando así continuidad a la herencia recibida.

Madrid, junio de 2009

Andrés Martínez Lorca